

una larga ausencia

• ALBERTO J. BRACCO

SOBRE un guión de Marguerite Durás ("Hiroshima mon amour" y "Moderato cantabile"), Henry Colpi, realizó esta co-producción italo-francesa que obtuvo la "Palma de Oro" —Gran Premio del Festival de Cannes 1961— Gran Premio Louis Delluc 1961, máxima distinción del cine francés.

En distintas crónicas se la ha parangonado con el film de Alain Resnais, "Hace un año en Marienbad". Quizás en cuanto al tema se le pueda hablar de amor, tiempo, memoria, conciencia; aunque con fundamentales variantes en el desarrollo y perfil de los personajes. Ambiente, personas, hechos, están todos afincados en un marco de realidad, tiempo y espacio, que no tenía el film de Resnais. La similitud mayor está en el diálogo, pausado, monocorde, por momentos recitado, muy propio en la literatura de Marguerite Durás.

Pero si es aceptable un paralelo en este sentido, no es tal que corresponde a la realización cinematográfica de Henry Colpi, con respecto a Resnais. El primero maneja la cámara con técnica clásica, no ausente por ello de efectividad y actuación, acorde al ritmo de la época, pero muy distante del cine de vanguardia del segundo, en el que todo es muy nuevo y revolucionario.

Colpi da a los personajes sentido humano. Hombre y mujeres con dimensión terrena, con sentimiento y vida.

El espectador llega a emocionarse con escenas como la del baile y la per-

secución final. Escenas realizadas buscando el efecto, que se logra en función de un clacisismo práctico; opinión ésta que no pretende desmerecer una ni otra, sino decir que son distintas.

La historia es la de una mujer, Teresa, que desde el cafetín que atienden ve pasar a un vagabundo, en el que cree reconocer a su marido, dado por desaparecido en la segunda guerra mundial.

Desde que ojos se cruzaron con los de ese hombre tiene el convencimiento de que es su esposo, al que durante tanto tiempo creyó perdido. Ese mendigo, que así se encuentra por haber perdido la memoria totalmente, ha despertado en Teresa aquel amor de ayer. No interesa que sea o no el hombre tan esperado. Con esa fé ciega y rotunda de la esperanza acariciada, la mujer recurrirá a todos los medios posibles para recuperar su ausencia: le invita a su casa, le hace escuchar su música, le recuerda hechos y objetos... pero todo es inútil. La mente de ese hombre es un vacío, despertó un día en un gran campo en que había un inmenso árbol y comenzó a caminar, y desde entonces no ha hecho otra cosa. Caminar y canturrear los dos versos de una ópera... Todo lo anterior es nada. Como la mente de un niño en un hombre viejo.

La interpretación de Georges Wilson para éste personaje adquiere ribetes de excepción. Ese hombre debía ser eso, una masa amorfa, sin expresión, casi sin sentimiento. Puesto en un "momento" sin

"antes" y con un "después", incierto y desesperanzado. Sin nombre, ni amigos, ni hogar ni familia.

Expresión, tono de voz, movimientos, debían enmarcarse dentro de esa psicología, y Georges Wilson lo logró.

El personaje de Alida Valli, también es exigente. La mujer que pretende revivir a quien no vive y que a su vez es la razón de su existencia. Enfrentarse con los ojos, que con amor ayer miraban, y encontrar ahora en los mismos el vacío. Apoyar la cabeza en el pecho que fue suyo y ahora es nada. Apretar la

mano tibia y fuerte, que su mano acariciaba, y que ahora temerosa y extrañada, se retira. Tener a su alcance la esperanza del encuentro tan ansiado y como en sueños de humo y cielo, contemplar que así se estuma.

Difícil, vibrante, intuitivo, debía ser su trabajo, y Alida Valli lo logró. En la última secuencia del film, aquel hombre huye, asustado, acorralado, en la búsqueda de un ayer para el mañana; y esa mujer, amando, esperará que el tiempo, le devuelva a aquél ayer de amor, que es su existencia. ♦

teatro

EN la sala del Teatro Coliseo, la compañía encabezada y dirigida por Pedro López Lagar, acaba de estrenar la obra en dos actos y cinco escenas, de Paddy Chayefsky, "Gedeón".

La historia de Gedeón está narrada en la Biblia, Libro de los Jueces, Capítulo VI y siguientes. Cuenta las vicisitudes de un humilde pastor, elegido por Dios para liberar a los hebreos del yugo de los madianitas. Asistido por sólo 300 soldados, derrotó, con la ayuda de Jehová, a más de 120.000 enemigos.

Chayefsky nos ofrece una versión muy personal del episodio, en la cual transforma casi todo: así, la natural desconfianza de Gedeón, que exige a cada paso una prueba de la autenticidad del mandato que le ha tocado en suerte, se trueca en la obra en medrosa suspicacia por el riesgo a correr. La decisión de perdonar la vida a los ancianos de Succoth, ciudad que le negó el apoyo, es, para Chayefsky, no un acto puro y simple de piedad, sino una rebelión frente al man-

gedeón

● JUAN CARLOS BRIE

dato divino de exterminio. Pero sobre todas estas cosas y muchas más que se advierten en la obra, lo que más llama la atención es la naturaleza del trato entre Jehová y Gedeón. En la Biblia, es el Ángel del Señor el que se aparece a éste último y, presumiblemente, el agente de enlace entre ambos. Chayefsky, olvidando lo que Jehová advirtiera a Moisés en el Exodo, Cap. 33, ver. 20: "No podrás ver mi rostro: Porque no me verá hombre y vivirá", enfrenta a ambos en un mano a mano inadmisiblemente, casi ridículo. La presencia del Ángel habría cambiado fundamentalmente el aspecto de las relaciones de Gedeón con su Dios: Nos encontraríamos con un Gedeón que defiende tenazmente su individualidad, frente a los avances inmoderados de un celoso procurador, y a un Jehová, que no repara en minucias (jerarquías y dignidades heridas), frente a la progresión inapelable de su divina economía. Al no existir "el que anuncia", la pieza se transforma en la pugna de dos ególa-